

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo LXII. Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras ninerias que no pueden dexar de contarse.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1686

pondiò el Cavallero; y encerràndole todos en medio, al fon de las chirimias, y de los atabales se encaminàron con el à la ciudad: Al entràr de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que fon mas malos, que el malo, dos dellos travièssos, y atrevidos se entràron por toda la gente, y alçàndo el uno de la cola del ruzio, y el otro de la de rozinante, les pufièron, y encaxàron sendos manojos de aliagas: Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretàndo las colas, aumentàron su disgusto de manera, que dando mil corcobos, dièron con sus dueños en tierra. Don Quixote corrido, y afrentàdo, acudiò à quitàr el plumage de la cola de su matalòte, y Sancho el de su ruzio. Quisieron los que guiavan à Don Quixote castigàr el atrevimiènto de los muchachos, y no fuè possible, porque se entràron entre mas de otros mil que los seguian. Bolvièron à subir Don Quixote, y Sancho, y con el mismo aplauso, y musica llegàron à la casa de su guia, que era grande, y principal; en fin como de Cavallero rico, donde le dexarèmos por aora, porque assi lo quiere Cide Hamete.

C A P I T U L O LXII.

Que trata de la aventura de la cabeça encantàda, con otras niñerías que no pueden dexàr de contàrse.

DON Antonio Moreno se llamava el huesped de Don Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgàrse à lo honesto, y afable; el qual viendo en su casa à Don Quixote, andava buscàndo modos, como fin su perjuzio sacàsse à plaça sus locuras (porque no fon burlas las que

que duelen, ni ày passatiempos que valgan si son con daño de tercero :) Y assi lo primero que hizo fuè, hazèr defarmàr à Don Quixote, y sacàrle à vistas con aquel su estrecho, y acamuzado vestido (como yà otras vezes le hèmòs descrito, y pintado) à un balcon, que salia à una calle de las mas principales de la ciudad, à vista de las gentes, y de los muchachos, que como à mona le miravan. Corrièron de nuevo delante dèl, los de las libreas, como si para el solo (no para alegràr aquel festivo dia) se las huvièran puesto: Y Sancho estàva contentissimo, por parecèrle, que se avia hallado, sin saber como ni como no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque.

COMIÈRON aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honràndo todos, y tratàndo à Don Quixote como à Cavallero andante, de lo qual huèco, y pompòso no cabia en si de contento. Los donayres de Sancho fuèron tantos, que de su boca andavan como colgados todos los criados de casa, y todos quantos le oyan. Estàndo à la mesa, dixo Don Antonio à Sancho: Acà tenemos noticia, buen Sancho que foys tan amigo de manjar blanco, y de Albondiguillas, que si os sobran, las guardays en el feno para el otro dia. No Señor, no es assi, respondiò Sancho: Engañado le han à vueffà mercèd, porque tengo mas de limpio que de golòso; y mi Señor Don Quixote que està delante, sabe bien, que con un puño de bellotas, ò de nuezes nos solemos pasàr entrambos ocho dias: Verdàd es, que si tal vez me fucedè, *Que me den la vaquilla, corro con la soguilla* (quiero dezir) que como lo que me dan, y uso de



los tiempos como los hallo; y quienquiera que huviere dicho, que yo soy comedor aventajado, y no limpio, tengase por dicho, que no acierta; y de otra manera dixera esto, fino mirara à las barbas honradas que estan à la mesa. Por cierto, dixo Don Quixote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir, y gravar en laminas de bronze, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros: Verdad es, que quando el tiene hambre, parece algo tragon, porque come à priessa, y masca à dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fue Governador, aprendiò à comer à lo melindroso tanto, que comia con tenedor las ubas, y aun los granos de la granada. Como? dixo Don Antonio: Governador ha sido Sancho? Si, respondiò Sancho, y de una infula llamada la Barataria. Diez dias la governè à pedir de boca: En ellos perdi el sosiego, y aprendi à despreciar todos los gobiernos del mundo. Salì huyendo della; caì en una sima, ò cueva donde me tuve por muerto, de la qual salì vivo por milagro. Contò Don Quixote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que diò gran gusto à los oyentes.

LEVANTADOS los manteles, y tomando Don Antonio à Don Quixote por la mano, se entrò con el en un apartado aposento, en el qual no avia otra cosa de adorno, que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mesmo se sostenia, sobre la qual estava puesta al modo de las cabeças de los Emperadores Romanos de los pechos arriba, una que semejava ser de bronze. Passeose Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeando muchas vezes la
 mesa,

mesa, despues de lo qual dixo: Aora, Señor Don Quixote, que estòy enterado, que no nos oye, ni escùcha alguno, y està cerrada la puerta, quiero contar à vueſſa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor dezir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion que, lo que à vueſſa merced dixere, lo ha de depositar en los ultimos retretes del secreto. Assi lo juro, respondiò Don Quixote, y aun le echarè una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa vueſſa merced, Señor Don Antonio (que ya ſabia su nombre) que està hablando con quien, aunque tiene oydos para oyr, no tiene lengua para hablar; assi que con seguridad puede vueſſa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hazer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En Fèe deſſa promeſſa, respondiò Don Antonio, quiero poner à vueſſa merced en admiracion con lo que viere, y oyere, y darme à mi algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicàr mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenſo estava Don Quixote, esperando en que avian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano Don Antonio, se la paseò por la cabeza de bronze, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia, y luego dixo: Esta cabeza, Señor Don Quixote, ha sido hecha, y fabricada por uno de los mayores encantadores, y hechizeros, que ha tenido el mundo, que creo, era Polaco de nacion, y discipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos que le di, labrò esta cabeza, que tiene propiedad, y virtud de responder à quantas cosas al oydo le

M m 2

pregun-



preguntàren. Guardò rumbos, pintò caracteres, observò astros, mirò puntos, y finalmente la sacò con la perfeccion, que verèmos mañana; porque los viernes està muda, y oy que lo es, nos hà de hazèr esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vueſſa merced prevenirſe de lo que querrà preguntàr; que por experiencia sè, que dize verdàd en quanto responde.

ADMIRÀDO quedò Don Quixote de la virtùd, y propiedad de la cabeça, y estùvo por no crèer à Don Antonio; pero por ver quan poco tiempo avia para hazèr la experiencia, no quiso dezirle otra cosa, fino que le agradecia el avèrle descubièrto tan gran secreto. Salièron del aposento, cerrò la puerta Don Antonio con llave, y fuèronſe à la sala, donde los demas Cavalleros estàvan. En este tiempo les avia contàdo Sancho muchas de las aventuras, y sucesos que à su amo avian acontecido.

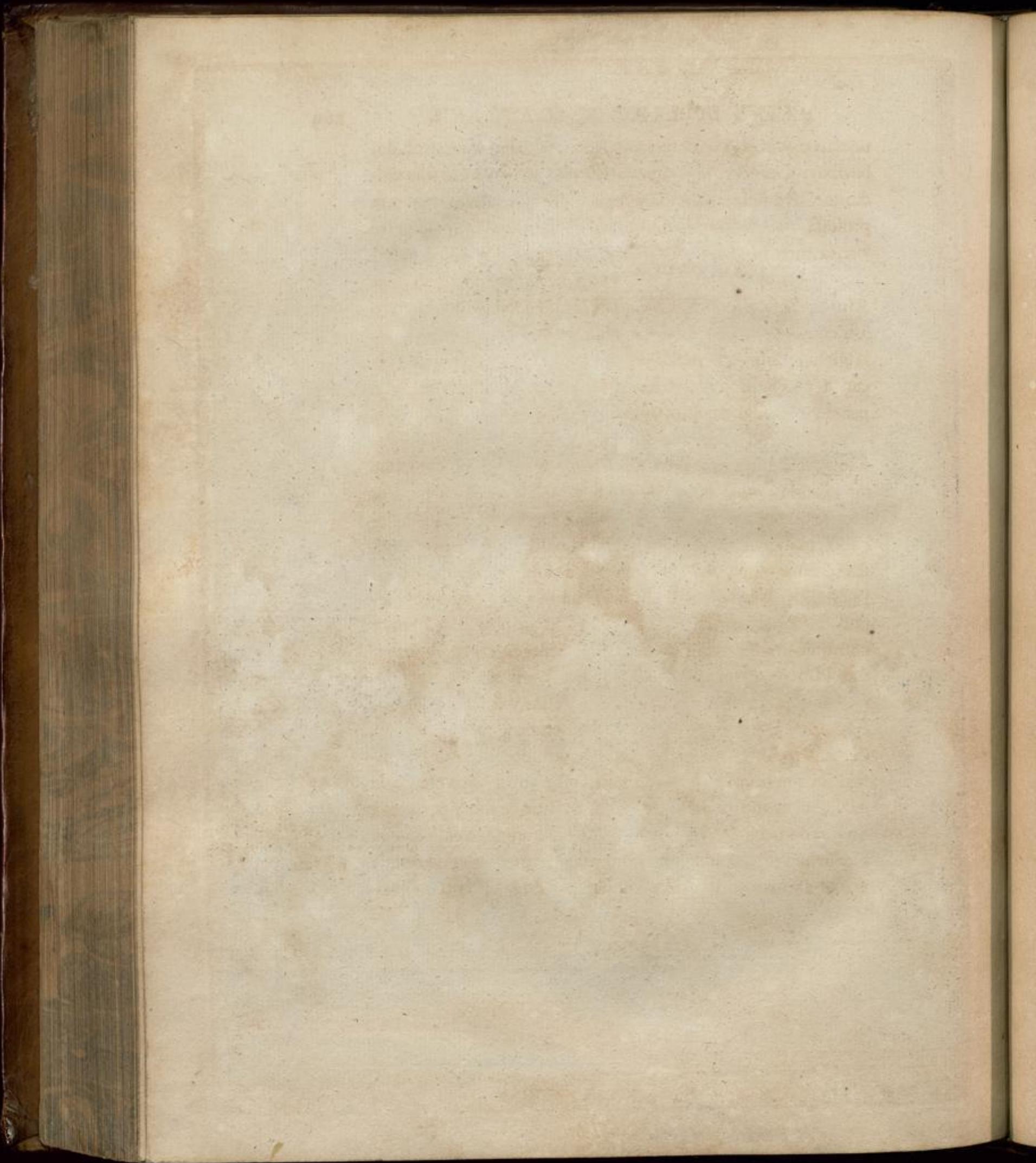
AQUELLA tarde sacaron à passeàr à Don Quixote, no armado, fino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudièra hazèr sudàr en aquel tiempo al mismo yelo. Ordenàron à sus criados, que entretuvièssen à Sancho de modo, que no le dexàssen salir de casa. Iva Don Quixote, no sobre rozinante, fino sobre un gran macho de passò llano, y muy bien adereçado: Pusièronle el balandran, y en las espaldas, fin que el lo vièſſe, le cosièron un pergamino, donde le escrivièron con letras grandes: *Este es Don Quixote de la Mancha*. En començando el passèo, llevaba el rètulo los ojos de quantos venian à verle, y leyan: *Este es Don Quixote de la Mancha*. Admiràvase Don Quixote de ver, que quantos le miravan, le nombravan, y conocian;



A. Vanderbank inv. et delin.
Vol. A. P. 268.

Ger. VanderGucht sculp.
58





nocian; y bolviéndose à Don Antonio, que iba à su lado, le dixo: Grande es la prerogativa que encierra en sí la andante Cavalleria, pues haze conocido, y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra: Sino, mire vueſſa mercèd, Señor Don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca avèrme visto, me conocen. Assi es, Señor Don Quixote, respondiò Don Antonio; que assi como el fuego no puede estàr escondido, y encerrado, la virtud no puede dexar de sèr conocida, y la que se alcanza por la profession de las armas, resplandece, y campea sobre todas las otras.

ACAECIÒ, pues, que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyò el retulo de las espaldas, alçò la voz, diziendo: Vãlgate el diablo por Don Quixote de la Mancha; como? que hasta aqui has llegado sin avèrte muerto los infinitos palos, que tienes acuestas? Tu eres loco, y si lo fueras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de bolvèr locos, y mentecatos à quantos te tratan, y comunican: Sino, mirenlo por estos Señores, que te acompañan. Buèlvete, mentecato, à tu casa, y mira por tu hazienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate destas vaziedades, que te carcomen el seso, y te defnatan el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, seguid vuestro camino, y no deys consejos à quien no os los pide: El Señor Don Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos, no somos necios. La virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad en hora mala, y no os metays donde no os llaman. Par diez vueſſa mercèd tiene razon, respondiò



pondió el Castellano, que aconsejâr à este buen hombre, es dar cozes contra el aguijon: Pero con todo esso me da muy gran lastima, que el buen ingenio, que dicen, que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desfague por la canal de su andante Cavalleria: Y la en hora mala, que vueſſa merced dixo, sea para mi, y para todos mis descendientes, si de oy mas, aunque vivieſſe mas años que Matusalen, diere consejo à nadie aunque me lo pida. Apartòse el consejero; siguiò adelante el pasèo, pero fuè tanta la prièſſa, que los muchachos, y toda la gente tenia leyendo el rètulo, que se le hùvo de quitâr Don Antonio, como que le quitava otra cosa.

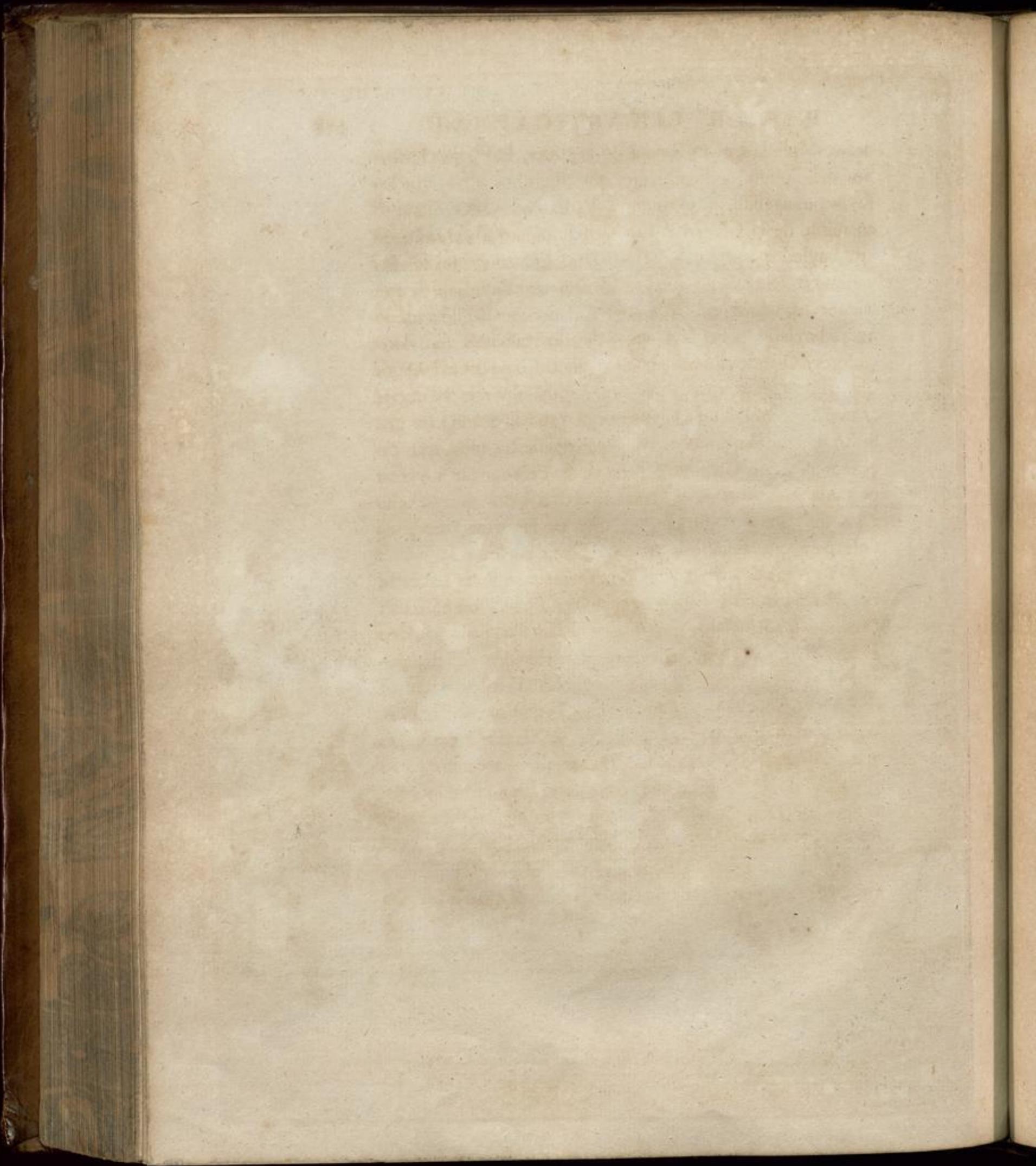
LLegò la noche, bolvièronse à casa, hùvo farào de damas; porque la muger de Don Antonio (que era una Señora principal, alegre, hermosa, y discreta) combidò à otras sus amigas à que vinièssen à honràr à su huesped, y à gustâr de sus nunca vistas locuras. Vinièron algunas, cenòse esplendidamente, y començòse el farào casi à las diez de la noche. Entre las damas avia dos de gusto picaro, y burlonas; y con ser muy honestas, eran algo descompuestas por dar lugar, que las burlas alegràssen sin enfado. Estas dièron tanta prièſſa en facâr à dançâr à Don Quixote, que le molièron no solo el cuerpo, pero el anima. Era cosa de ver la figura de Don Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desfayràdo, y sobre todo no nada ligero. Requebràvanle como à hurto las damiselas, y el tambien como à hurto las desdenava; pero vièndose apretâr de requiebros, alçò la voz, y dixo: *Fugite partes adverse*, dexàdme en mi sosiego pensamiètos mal venidos; allà os avenid, Señoras, con vuestros desèos,



J. Vanderbank inv.
Vol. 4. p. 270.

Ger. Vander Gucht. Sculp.
59





desseos, que la que es Reyna de los mios, la fin par Dulcinea del Toboso, no confiente, que ningunos otros, que los suyos me avassallen, y rindan: Y diziendo esto, se sento en mitad de la sala en el suelo, molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio, que le llevassen en peso a su lecho; y el primero que asio del, fue Sancho, diziendole: Nora en tal, Señor nuestro amo, lo avèys baylado: Pensays que todos los valientes son dançadores? O todos los andantes Cavalleros baylarines? Digo, que si lo pensays, que estays engañado: Hombre ay que se atreverà a matar a un Gigante antes que hazer una cabriola. Si huvièrades de çapatear, yo supliera vuestra falta, que çapatèo como un Girifalte; pero en lo del dançar no doy puntada. Con estas, y otras razones diò que reyr Sancho a los del farào, y diò con su amo en la cama, arropandole para que fudàsse la frialdad de su bayle.

OTRO dia le pareciò a Don Antonio, ser bien hazer la experiencia de la cabeça encantada; y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos Señoras, que avian molido a Don Quixote en el bayle (que aquella noche se avian quedado con la muger de Don Antonio) se encerrò en la estancia donde estava la cabeça. Contòles la propiedad que tenia; encargòles el secreto, y dixoles, que aquel era el primero dia, donde se avia de provar la virtud de la tal cabeça encantada; y fino eran los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el *Bufile* del encanto: Y aun si Don Antonio no se le huviere descubierto primero a sus amigos, tambien ellos cayèran en la admiracion en que los demàs cayèron, fin ser posible



posible otra cosa (con tal traça, y tal orden estava fabricada.)

EL primero que se llegó al oydo de la cabeça fuè el mismo Don Antonio, y dixole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuèssè entendida: Dime, cabeça, por la virtud que en ti se encierra, que pensamientos tengo yo aora? Y la cabeça le respondió sin mover los labios con voz clara, y distinta de modo que de todos fuè entendida, esta razon: Yo no juzgo de pensamientos: Oyendo lo qual todos quedaron atonitos, y mas, viendo que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa no avia persona humana, que responder pudièssè. Quantos estamos aqui? (tornò à preguntàr Don Antonio.) Y fuèle respondido por el propio tenor, passò: Estays tu, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un Cavallero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Pança tiene por nombre. Aqui si, que fuè el admirarse de nuevo, aqui si, que fuè el erizarse los cabellos à todos de puro espanto? Y apartandose Don Antonio de la cabeça dixo: Esto me basta para darme à entender, que no fuè engañado del que te me vendiò, cabeça sabia, cabeça habladora, cabeça respondona, y admirable cabeça. Llegue otro, y preguntele lo que quisiere: Y como las mugeres de ordinario son presuroras, y amigas de faber; la primera que se llegó, fuè una de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntò fuè: Dime cabeça, que harè yo para ser muy hermosa? Y fuèle respondido: Sè muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntante. Llegò luego la compañera, y dixo: Querrìa
faber,

fabèr, cabeça, si mi marido me quiere bien, ô no? Y respondièronle: Mira las obras que te haze, y echàrlo has de ver. Apartòse la casada, dizièndo: Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hazen, declaran la voluntad que tiene el que las haze. Luego llegò uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntòle: quien soy yo? Y fuèle respondido: Tu lo sabes. No te pregunto esto, respondiò el Cavallero, sino que me digas, si me conoces? Si conozco, le respondièron, que eres Don Pedro Noriz. No quiero sabèr mas, pues esto basta para entendèr, ô cabeça, que lo sabes todo: Y apartàndose, llegò el otro amigo, y preguntòle: Dime, cabeça, que deseos tiene mi hijo el Mayorazgo? Yà yo he dicho, le respondièron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo esto te se dezir, que los que tu hijo tiene, son de enterrarte. Esto es, dixo el cavallero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no preguntò mas. Llegòse la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no se, cabeça, que preguntarte, solo querria sabèr de ti, si gozarè muchos años de mi buen marido? Y respondièronle: Si gozaràs, porque su salud, y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortàr por su destemplanza. Llegòse luego Don Quixote, y dixo: Dime, tu el que respondes: Fuè verdàd, ô fuè sueño lo que yo cuento que me passò en la cueva de Montefinos? Seràn ciertos los açotes de Sancho mi escudero? Tendrà efecto el desencanto de Dulcinèa? A lo de la cueva respondièron, ay mucho que dezir; de todo tiene: Los açotes de Sancho iràn de espacio: El desencanto de Dulcinèa llegará à



devida execucion. No quièro fabèr mas, dixo Don Quixote, que como yo vea à Dulcinèa defencantàda, harè cuenta, que vienen de golpe todas las venturas, que acertàre à deseàr. El ultimo preguntante fuè Sancho; y lo que preguntò, fuè: Por ventura, cabeça, tendrè otro Gobierno? Saldrè de la estrechez de escudèro? Bolverè à ver à mi muger, y à mis hijos? A lo que le respondièron: Governaràs en tu casa; y si buelvas à ella, veràs à tu muger, y à tus hijos; y dexando de servir, dexaràs de ser escudèro. Bueno, par Dios, dixo Sancho Pança, esto yo me lo dixèra: No dixèra mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote, que quieres, que te respondan? No basta, que las respuestas que esta cabeça ha dado, corresponden à lo que se le pregunta? Si basta, respondiò Sancho; pero quisièra yo, que se declaràra mas, y me dixèra mas. Con esto se acabàron las preguntas, y respuestas, pero no se acabò la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabian: El qual quiso Cide Hamete Benengeli declaràr luego, por no tenèr suspenso al mundo, creyèndo, que algun hechizèro la avia fabricado, y algun extraordinario misterio en la tal cabeça se encerràva: Y assi dize, que Don Antonio Moreno, à imitacion de otra cabeça que viò en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenèrse, y suspender à los ignorantes; y la fabrica era desta fuerte.

LA tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizàda como jaspe; y el pie, sobre que se sostenìa, era de lo mesmo con quatro garras de Aguila que del salian para mayor firmeza del peso. La cabeça, que parecia medalla, y figura

gura de Emperador Romano, y de color de bronze, estàva toda huèca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxàva tan justamènte, que ninguna señal de juntura se parecìa. El pic de la tabla era assimesmo huèco, que respondìa à la garganta y pechos de la cabeça; y todo esto venia à responder à otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeça estàva. Por todo este huèco de pie, mesa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida, se encaminava un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia sèr visto. En el aposento de abaxo correspondiente al de arriba se ponìa el que avìa de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo, que à modo de cervatana iva la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas, y claras; y desta manera no era possible conocèr el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante, agùdo, y discreto, fuè el respondiente, el qual estàndo avisado de su Señor Tio de los que avian de entràr con el en aquel dia en el aposento de la cabeça, le fuè facil responder con presteza, y puntualidad à la primera pregunta: A las demas respondiò por conjeturas, y como discreto discretamènte. Y dize mas Cide Hamete, que hasta diez, ò doze dias durò esta maravillosa maquina; pero que divulgàndose por la ciudad, que Don Antonio tenìa en su casa una cabeça encantada, que à quantos le preguntavan, respondìa, temièndo no llegàsse à los oydos de las despiertas centinelas de nuestra Fè; avièndo declarado el caso à los Señores Inquisidores, le mandaron, que la deshizièsse, y no passasse mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizàsse: Pero en la opinion de Don Quixote y de



Sancho Pança la cabeça quedò por encantada, y por respon-
dona, mas à satisfacion de Don Quixote, que de Sancho.

Los Cavalleros de la ciudad, por complacèr à Don Antonio, y por agafajàr à Don Quixote, y dar lugar à que descubrièsse sus sandezes, ordenàron de corrèr fortija de allí à feys dias, que no tùvo efecto por la ocasion que se dirà adelante. Diòle gana à Don Quixote de paseàr la ciudad à la llana, y à pie, temièndo, que si iva à cavallo, le avian de perseguir los muchachos; y assi el, y Sancho, con otros dos criados, que Don Antonio le diò, salièron à paseàrse. Sucediò, pues, que yèndo por una calle, alçò los ojos Don Quixote, y viò escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*: De lo que se contentò mucho, porque hasta entonces no avia visto emprenta alguna y deseava sabèr como fuèsse. Entrò dentro con todo su acompañamiènto; y viò tiràr en una parte, corregir en otra, componèr en esta, enmendàr en aquella, y finalmènte toda aquella maquina, que en las emprentas grandes se muestra. Llegàvase Don Quixote à un caxon, y preguntava, que era aquello que allí se hazia? Dàvanle cuenta los oficiales; admiràvase, y passava adelante. Llegò en otras à uno, y preguntòle, que era lo que hazia? El oficial le respondiò: Señor, este Cavàllero que aquí està (y enseñòle à un hombre de muy buen talle, y parecèr, y de alguna gravedad) ha traduzido un Libro Toscano en nuestra lengua castellana, y estòyle yo componièndo para darle à la estampa. Que titulo tiene el libro? preguntò Don Quixote. A lo qual el autor respondiò: Señor, el libro en Toscano se llama, *le Bagatele*. Y que responde le Bagatele

getele en nuestro castellano? preguntò Don Quixote. Le Bagatele, dixo el autor, es como si en castellano dixèssimos, *Los Juguetes*; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene, y encierra en si cosas muy buenas, y sustanciàles. Yo, dixo Don Quixote, sè algun tanto de el Toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dìgame vueffa mercèd, Señor mio (y no digo esto porque quièro examinar el ingenio de vueffa mercèd, sino por curiosidad no mas) ha hallado en su escritura alguna vez nombrar, *Pinata*? Si, muchas vezes, respondiò el autor. Y como la traduze vueffa mercèd en castellano? preguntò Don Quixote. Como la avia de traduzir, replicò el autor, fino diziendo *Olla*? Cuerpo de tal, dixo Don Quixote, y que adelante està vueffa mercèd en el Toscano Idioma? Yo apostarè una buena apuesta, que adonde diga en el Toscano *piache* dize vueffa mercèd en el castellano *plaxe*, y adonde diga *piu*, dize, *mas*, y el *su* declara con *arriba*, y el *giu* con *abaxo*? Si declaro por cierto, dixo el autor, porque effas son sus propias correspondencias. Ofarè yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vueffa mercèd conocido en el mundo, enemigo siempre de premiàr los floridos ingenios, ni los loables trabajos. Que de habilidades ày perdidas por aì! Que de ingenios arrinconados! Que de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece, que el traduzir de una lengua en otra (como no sea de las Reynas de las Lenguas Griega, y Latina) es como quien mira los tapizes Flamencos por el revès; que aunque se vèen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se vèen con la lisura, y tez de la haz: Y el traduzir de
lenguas

lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: Y no por esto quiero inferir, que no sea loable este exercicio del traduzir, porque en otras cosas peores se podria ocupàr el hombre, y que menos provecho le traxèssen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el Dotor Christoval de Figueroa en su Pastor Fido; y el otro Don Juan de Xaurigui en su Aminta, donde felizmente ponen en duda, qual es la traduccion, ó qual el original. Pero dígame vueſſa mercèd, este libro imprimese por su cuenta, ó tiene yà vendido el privilegio à algun Librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondiò el autor, y pienso ganàr mil ducados por lo menos con esta primera Impreſſion, que ha de fer de dos mil cuerpos, y se han de despachàr à seys reales cada uno en daca las pajas. Bien està vueſſa mercèd en la cuenta, respondiò Don Quixote: bien parece que no sabe las entradas, y salidas de los impreſſores, y las correspondencias que ày de unos à otros? Yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante; y mas si el libro es un poco avièſſo, y no nada picante. Pues que? dixo el autor, quiere vueſſa mercèd, que se lo dè à un Librero, que me dè por el privilegio tres maravedis, y aun piensa, que me haze mercèd en dàrmelos? Yo no imprimo mis libros para alcançàr fama en el mundo, que yà en èl soy conocido por mis obras: Provecho quièro, que sin èl no vale un quattrin la buena fama. Dios le dè à vueſſa mercèd buena manderècha, respondiò Don Quixote; y pafsò adelante à otro
caxon,

caxon, donde viò, que estàvan corrigièdo un pliego de un libro, que se intitulava, *Luz del alma*; y en vièndole dixo; Estos tales libros, aunque ay muchos deste genero, son los que se deven imprimir, porque son muchos los pecadores, que se ùsan, y son menester infinitas luzes para tantos desalumbrados. Pafsò adelante, y viò que asimesmo estàvan corrigièdo otro libro; y preguntàdo su titulo, le respondièron, que se llamava: *La segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal, vezino de Tordefillas. Yà yo tengo noticia deste libro, dixo Don Quixote, y en verdàd, y en mi conciencia, que pensè, que yà estàva quemado, y hecho polvos por impertinente; pero su san Martin se le llegarà, como à cada puerco; que las històrias fingidas tanto tienen de buenas y de deleytables, quanto se llegan à la verdàd, ò à la semejança della; y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas. Y dizièdo esto, con muestras de algun despecho se saliò de la emprenta, y aquel mismo dia ordenò Don Antonio de llevàrle à ver las galeras, que en la playa estàvan, de que Sancho se regozijò mucho; à causa que en su vida las avia visto. Avisò Don Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde avia de llevàr à verlas à su huesped el famoso Don Quixote de la Mancha, de quien yà el Quatralvo, y todos los vezinos de la ciudad tenian noticia; y lo que le sucediò en ellas, se dirà en el siguiente capitulo.

CAP I-

